

Documento ABC.00.04.13.

Manuel Azaña, el “César de la revolución del 14 de abril de 1931”:

ABC.00.04.13.01. Introducción y planteamiento del seminario ABC.00.04.13:

1. Ningún personaje de la II República más admirado y respetado por José Antonio que D. Manuel Azaña Díaz (1880-1940), líder republicano en el primer bienio, con su segunda breve oportunidad tras la derrota de las derechas el 16 de febrero de 1936, hasta su casi inmediata elección para la Presidencia de la República. Y este respeto y admiración le costó el escándalo de alguno de sus camaradas, como fue el caso de Alejandro Salazar. Como es sabido, Azaña dimitió, refugiado en Francia, poco antes de finalizada nuestra guerra civil. Y allí quedó, como Antonio Machado y tantos otros españoles, enterrado en tierra ajena, sin que ello parezca importar a nadie.
2. Rival, adversario, incluso enemigo de José Antonio, éste le tuvo siempre como referencia de político. Según sus biógrafos, José Antonio después de cada una de sus intervenciones parlamentarias preguntaba a sus compañeros más allegados: “¿Y Azaña? ¿Le habré gustado?” Amigos, los dos, de Elizabeth Bibesco, la hija del ex-primer ministro británico Herbert Asquith y esposa del embajador de Rumanía en Madrid, no pudo conseguir la amistad entre ellos, dado su mutuo público rechazo.
3. José Antonio siempre le consideró a Azaña políticamente responsable de la frustración por las izquierdas de su ocasión revolucionaria del 14 de abril de 1931, con una segunda oportunidad, tampoco aprovechada, el 16 de febrero de 1936. Pero, pese a la enorme distancia que les separaba en sus mutuas posiciones políticas, el respeto de José Antonio a Azaña siempre atemperó su crítico trato político.
4. Existen pruebas documentadas de la intervención de Azaña y de Prieto para evitar, como consiguieron, que los anarquistas de Alicante, con el pretexto de un aparente traslado de cárcel, le dieran el “paseo” a José Antonio.
5. Menos conocido es el hecho de que estando ya en capilla José Antonio para su ejecución, recibió un mensaje personal de Azaña, cuyo contenido quedó para siempre secreto, pero cuya lectura mereció de José Antonio estas palabras: “No podía esperar menos de él. Lo agradezco con toda el alma”. Así lo ha relatado el doctor Francisco Vega Díaz (“Suplemento a un conocido gesto de Azaña”, en “Cuadernos Republicanos”, núm. 9, enero 1992, pp. 53 a 64).
6. En cuanto a la relación entre Azaña, José Antonio y Elizabeth Bibesco, existe el libro imprescindible de José Antonio Martín Otín, “El hombre al que Kipling dijo sí”, Editorial Barbarroja, Madrid, 2005.
7. Por último, es de destacar que una sobrina de José Antonio, Mari Carmen González-Valerio Sáenz de Heredia, (1930-1939) hoy con causa introducida de beatificación, en el lecho de su dolorosa enfermedad, ofreció su vida por la conversión de Azaña.

ABC.00.04.13.02. Infecundidad social y política del primer bienio bajo el gobierno de Azaña:

1. Aparte de numerosas referencias a Azaña, todas circunstanciales, la primera vez que José Antonio se refiere a Azaña, en profundidad, aunque sin citarlo, fue en Salamanca el 10 de febrero de 1935, en su discurso en el Teatro Bretón, en presencia de Miguel de Unamuno. Entonces dijo José Antonio: “Recuerda cómo en 1931 casi se puede decir que fue uno de los instantes de alegría española y de esperanza colectiva; entonces se creyó España haber encontrado la conciencia de su Unidad y pensó que había encontrado un quehacer y un estilo que ayudara a ese quehacer. Pero por desgracia no fue así, y precisamente aquí, en Salamanca, hubo quien repetía constantemente que la sustancialidad de España había desaparecido”, (Edición del Centenario, p. 854).
2. La segunda ocasión en que José Antonio se refiere a Azaña ahora más en extenso, es en el número 11 de *Arriba*, el 30 de mayo de 1935, ahora citándolo. Dice así: “Hubo un momento en que pareció que el señor Azaña iba a ser el hombre de la República. Cuando se formó el Gobierno del 14 de abril, una de sus figuras menos conocidas para el público era el ministro de la Guerra. A las demás se las conocía de sobra y —fuera, si acaso, de las socialistas— no parecían prometer mucho: llegaban al Gobierno con una vejez de estilo desconsoladora. Los Domingo y los Albornoces atufaban a viejo republicanismo de club, más apolillado que los morriones de 1822. Y en cuanto al grupo intelectual y a la juventud universitaria de la revolución, o se les había dejado en un semisilencio extraoficial o se les relegaba a

puestos secundarios. El primer Gobierno de la República nació teñido de mediocridad de charanga: era un anticipo muy estimable de los que hemos tenido después de 1933”, (Edición del Centenario, p. 1029).

3. Este artículo sigue así: *“Pero de pronto surgió Azaña. Su aparición parecía el augurio de un cambio de estilo. Azaña no era popular: era un intelectual de minoría; un escritor selecto y desdeñoso, un dialéctico exigente, frío, exacto y original. Desde que había surgido ante las candilejas de la actuación pública resonante se había mostrado como aparentemente libre de la mediocridad colectiva y como absolutamente despectivo para las aclamaciones. Era, sin duda, un sujeto político del mayor interés, un hombre llegado al primer puesto de mando, casi sin compromisos ni esfuerzos, en una época singularmente propicia, y que preparaba el instrumental para recortar un pueblo a su talante. Los viejos radicales y radical-socialistas no tenían nada que revelar: este ateneísta arisco y misterioso podía, acaso, realizar experiencias sorprendentes”, (Edición del Centenario, p. 1029).*
4. A continuación, José Antonio examina las causas del fracaso de Azaña, al frente del primer bienio. Y dice así: *“¿Cuál fue la causa del fracaso de Azaña? Es posible que se sobrepusiera quién sabe qué antiguo resentimiento individual a sus condiciones de político. Es posible que esas condiciones externas —y extraordinarias— de político se malograran en la inutilidad por falta de un aliento fecundo. Azaña o la infecundidad, podría llamarse el ensayo que sobre él se escribiera. Todo un juego complicado y preciso de palancas y ruedas dentadas... pero sin motor. Azaña se entregó a una especie de esteticismo de la política que acabó por ser un esteticismo de la crueldad. Sus mejores obras, las que no fueron simples torpezas agresivas, fueron filigranas inútiles. Como con un sentido deportista de la Historia, realizaba sus jugadas por el deleite de la jugada misma, no por el resultado; imitaba a esos campeones de la carrera a pie, por ejemplo, que no corren por la meta —donde no les espera nada—, sino por el recorrido. Su política fue, de esta suerte, una política monstruosa. Para los que no podían percatarse del alambicamiento estético que encubría, era como una tortura diabólica e ininteligible: España pasó por las manos de su dictador como por las de un masajista asiático, entre fascinada y atormentada; el día que salió de su poder experimentó el alivio de quien vuelve al reposo”, (Edición del Centenario, pp. 1029 y 1030).*

ABC.00.04.13.03. La revolución del 14 de abril de 1931, ocasión de Azaña como su “César”:

1. En “Arriba”, el 31 de octubre de 1935 en un artículo titulado, precisamente, “Azaña”, José Antonio hace un análisis de su gobierno en el primer bienio de la II República. Y lo hace aplicando su teoría “Acerca de la revolución”, que había expuesto en el número 9 de “Haz”, el 12 de octubre de 1935. En este artículo José Antonio dice: *“El jefe no debe obedecer al pueblo: debe servirlo, que es cosa distinta; servirlo es ordenar el ejercicio del mando hacia el bien del pueblo, procurando el bien del pueblo regido, aunque el pueblo mismo desconozca cuál es su bien; es decir, sentirse acorde con el destino histórico popular, aunque se disienta de lo que la masa apetece”, (Edición del Centenario, pp. 1150).*
2. Pues bien, ahora, el 31 de octubre de 1935, José Antonio retoma el asunto y dice: *“Se ha dicho en otra parte recientemente (en la revista Haz, de nuestro SEU) que la masa de un pueblo necesitado de revolución es incapaz de hacerla por sí misma. Se necesita la revolución cuando, al final de un proceso de decadencia, el pueblo ha perdido ya, o está a punto de perder, toda forma histórica. Pero una de las cosas en que esto se descubre es la incapacidad a que la masa ha llegado —más que por culpa suya por culpa de sus clases directoras— para percibir cuál es la forma verdadera y apetecible. Los momentos prerrevolucionarios suelen ser desesperados y turbios: la masa incluso siente la atracción del suicidio, alternada con tentaciones de complacencia satánica en el propio hundimiento. ¿No es característica de los periodos prerrevolucionarios la exhibición morbosa de todas las llagas colectivas por el mismo pueblo que las padece? En tal estado moral no puede la masa adivinar su forma futura, ni amarla por adelantado. La desesperación de la multitud puede, todo lo más, derribar lo existente y abrir el paso del estado prerrevolucionario al revolucionario. Es decir, deparar una ocasión. Si en tal ocasión no surge el hombre, la revolución está perdida. Tratará de seguir su curso la propia masa, u hombres indiferenciados de ella, y todo acabará en desastre, propicio a las fuerzas reaccionarias. He aquí por dónde la única manera de que la revolución se salve consiste en que encuentre lo que las masas no tardarán en llamar un traidor. Las masas, en su ingenua insolvencia, siempre consideran tibio lo que hacen sus jefes: siempre se consideran traicionadas. Es vano querer evitar esta reprobación de las masas cediendo más y más a sus gritos. Sólo los hombres de una especie se salvaron del castigo impuesto por las masas a los que creyeron traidores: aquéllos que, sin preocuparse de ser fieles al perifollo de la revolución, supieron adivinar su sentido profundo y desenlazarla por caminos no sospechados por la masa. Paradójicamente, estos traidores a las masas son los únicos leales y eficaces*

servidores del destino del pueblo. Los charlatanes sanguinarios de la Convención estaban llamados a ser barridos por las fuerzas reaccionarias; Napoleón, cesáreo, consolidó por las armas y el poder personal la estructura de la Francia moderna. Ninguna revolución produce resultados estables si no alumbra su César. Sólo él es capaz de adivinar el curso histórico soterrado bajo el clamor efímero de la masa. La masa tal vez no lo entienda ni lo agradezca; pero sólo él la sirve”, (Edición del Centenario, p. 1168).

3. Y, más adelante, José Antonio añade: *Hubo un momento —se ha dicho antes en estas columnas— en que pareció que el señor Azaña iba a ser el hombre de la República. Cuando se formó el Gobierno del 14 de abril, una de sus figuras menos conocidas por la multitud era la del ministro de la Guerra. A las demás se las conocía de sobra y —fuera, si acaso, de las socialistas— no parecían prometer mucho: llegaban al Gobierno con una vejez de estilo desconsoladora. Los Lerroux y los Albornoz atufaban a viejo republicanismo de club, más apolillado que los morriones de 1822. Y en cuanto al grupo intelectual y la juventud universitaria de la revolución, o se los había dejado en un semisilencio extraoficial o se los relegaba a puestos secundarios. El primer Gobierno de la República nació teñido de mediocridad, de charanga; era un anticipo muy estimable de los que hemos tenido después de 1933. Pero de pronto surgió Azaña. Su aparición parecía el augurio de un cambio de estilo. Azaña no era popular: era un intelectual de minoría, un escritor selecto y desdeñoso, un dialéctico exigente, frío, exacto y original. Desde que había surgido ante las candilejas de la actuación pública resonante se había mostrado como aparentemente libre de la mediocridad colectiva y como absolutamente despectivo para las aclamaciones. Era, sin duda, un ejemplar político del mayor interés; un hombre llegado al primer puesto de mando casi sin compromisos ni esfuerzos, en una época singularmente propicia, y que preparaba el instrumental para recortar un pueblo a su talante. Los viejos radicales y radical-socialistas no tenían nada que revelar; este ateneísta arisco y misterioso podía, acaso, realizar experiencias sorprendentes, (Edición del Centenario, p. 1169).*

ABC.00.04.13.04. Azaña, el hombre de las dos ocasiones, al frente de España:

1. En el mismo artículo en “Arriba”, el 31 de octubre de 1935, José Antonio analiza las causas del fracaso de Azaña en el primer bienio y pronostica su segunda ocasión como consecuencia de la derrota de las derechas en las elecciones generales de febrero de 1936. José Antonio dice así: “¿Cuál fue la causa del fracaso de Azaña? Es posible que se sobrepusiera quién sabe qué antiguo resentimiento individual a sus condiciones de político. Es posible que esas condiciones externas —y extraordinarias— de político se malograran en la inutilidad por falta de un aliento fecundo. Azaña o la infecundidad, podría llamarse el ensayo que sobre él se escribiera. Todo un juego complicado y preciso de palancas y ruedas dentadas... pero sin motor. Azaña se entregó a una especie de esteticismo de la política que acabó por ser un esteticismo de la crueldad. Sus mejores obras, las que no fueron simples torpezas agresivas, fueron filigranas inútiles. Como con un sentido deportista de la historia, realizaba sus jugadas por el deleite de la jugada misma, no por el resultado: imitaba a esos campeones de la carrera a pie, por ejemplo, que no corren por la meta —donde no les espera nada—, sino por el recorrido. Su política fue, de esta suerte, una política monstruosa. Para los que no podían percatarse del alambicamiento estético que encubría, era como una tortura diabólica e ininteligible: España pasó por las manos de su dictador como por las de un masajista asiático, entre fascinada y atormentada; el día que salió de su poder experimentó el alivio de quien vuelve al reposo”, (Edición del Centenario, pp. 1169 y 1170).
2. En cuanto al pronóstico del retorno de Azaña al Poder, el vaticinio de José Antonio es terminante: “Si las derechas triunfantes en 1933 hubieran traído algún mensaje que comunicar a España, el César fracasado de la revolución de abril no hubiera vuelto a alzar la cabeza. Pero será inútil buscar precedentes de una torpeza mayor que la lucida por las derechas españolas. En vez de borrar la memoria del enemigo con la presencia real de una obra honda y fuerte, no han hecho otra cosa que mantener viva la memoria del enemigo en una constante campaña de difamación, torpe y fea, y dormirse en una indolencia mortal, imperdonable en horas revolucionarias como las presentes. La política del segundo bienio (del bienio estúpido, como también se le ha llamado aquí) ha sido estérilmente conservadora de cuanto impide toda alegría hacia el futuro. Política híbrida; ni laica del todo, para no herir a los católicos, ni inspirada en sentido religioso, para no mortificar a los viejos tragacuras radicales; ni generosa en lo social, para respetar el egoísmo de los viejos caciques agrarios, ni desprovista de tal cual platónica declaración democrático-cristiana, a cargo del inquieto canonista señor Jiménez. Y, claro, con todo esto, por contraste, la figura de Azaña, el de la gran ocasión perdida, empezaba a parecer mayor. Y para que creciese más, las derechas la inflaron con el ridículo asunto del

alijo. De modo que, excepcionalmente, Azaña va a tener dos ocasiones decisivas en su vida: una, la del primer bienio; otra, la de 1936. Algunos se quedarán estupefactos cuando lean este vaticinio; quienes lo vieron estampado aquí hace un semestre no tendrán motivos de estupor. Pero lo de menos es el asombro de los unos y la resignación de los otros. Lo importante es esto: Azaña está a la vista, si no lo impide algún suceso anormal, cada vez menos probable. ¿Qué pueden esperar los españoles de un retorno de Azaña?”, (Edición del Centenario, p. 1170).

ABC.00.04.13.05. ¿Qué pueden esperar los españoles de un retorno de Azaña?

1. Lo que piensa José Antonio que se puede esperar del retorno de Azaña consta en el mismo escrito que venimos glosando y esta es la respuesta de José Antonio: *“Con la voluntad de inquirirlo, hemos leído una y otra vez el discurso que pronunció en Madrid el 20 de octubre ante 250.000 personas. El discurso tuvo una nota elegante: se pronunció ante una masa compuesta en nueve décimas de revolucionarios rojos, de proletario[s] extremistas. Azaña —esto es verdad— no les hizo concesión alguna; ni siquiera en el lenguaje. Su discurso, de intelectual, de estilista, se mantuvo de punta a punta en un juego dialéctico refinado y sutil. La ironía tuvo en la pieza mucho más sitio que el apóstrofe. Ello quitó gran parte de calor al entusiasmo, según todos reconocieron. Pero la cosa era harto previsible, y el no haberse rendido Azaña a la previsión resulta airoso de su parte. Tampoco se le puede negar el acierto en una gran porción de la crítica contra el segundo bienio agonizante. Claro está que muchas de las cosas por las cuales atacó —el fomento de las luchas encarnizadas entre españoles, la persecución de gentes por sus ideas...— fueron superadas con mucho en abundancia y en crueldad por el propio orador. Esto disminuía su autoridad de crítico, a veces injusto y a veces —en esto sí— exagerado hasta la populachería. Pero, con todo, sus censuras fueron en parte certeras. Y con ello acaban las excelencias del discurso. Porque después ¿qué gran camino señaló Azaña? ¿Cuál fue su encare con el momento histórico? He aquí lo que son las cosas: cuando este temible disolvente dialéctico formulaba su programa económico social, ni un atisbo de solución revolucionaria asomaba a sus labios. Recargar los impuestos, quebrantar los grandes patrimonios... Bien, ¿y qué? ¿Y el sistema? ¿Prevalecerá el sistema capitalista? Entonces se repetirá lo del primer bienio; economía capitalista y aspavientos para atemorizarla; máquina capitalista y arena en sus cojinetes. Lo peor de todo: el desquiciamiento paralítico. ¡Lástima de 250.000 oyentes! ¡Cuántas y cuántas cosas sugestivas, revolucionarias y hacederas se les hubieran podido decir! ¿Y en lo nacional? Todo lo que vino a decir el señor Azaña fue deprimente: que España no tenía potencia para llegar a defenderse a sí misma, que su único puesto internacional estaba en Ginebra. Agua fría sobre la ya tibia fe de los españoles en España. Discurso, en resumen, penetrante y desconsolador como una autopsia. Y —sino político de Azaña— completamente estéril”, (Edición del Centenario, pp. 1170 y 1171).*

ABC.00.04.13.06. Presagio de José Antonio: “Azaña volverá a gobernar”

1. El artículo en “Arriba”, del 31 de octubre de 1935, termina con un presagio de José Antonio: *“Azaña volverá a gobernar”. Dice así José Antonio: “Azaña volverá a gobernar. Lo traerá a lomos, otra vez, con rugidos revolucionarios, aunque sea alrededor de las urnas, la masa que escuchaba su voz el 20 de octubre. Azaña volverá a tener en sus manos la ocasión cesárea de realizar, aun contra los gritos de la masa, el destino revolucionario que le habrá elegido dos veces. De nuevo España, ancha y virgen, atemorizada y esperanzada, le pondrá en ocasión de adueñarse de su secreto. Sólo si lo encuentra tendrá un fuerte mensaje que gritar contra el rugido de las masas rojas que lo habrán encumbrado. Pero Azaña no dará con el secreto: se entregará a la masa, que hará de él un guiñapo servil, o querrá oponerse a la masa sin la autoridad de una gran tarea y entonces la masa lo arrollará y arrollará a España. ¿Pesimismo? No. De nosotros depende. De todos nosotros. Contra la Antiespaña roja, sólo una gran empresa nacional puede vigorizarnos y unirnos. Una empresa nacional de todos los españoles. Si no la hallamos —¡que sí la hallaremos!; nosotros ya sabemos cuál es—, nos veremos todos perdidos. Incluso Azaña, que pasará al recuerdo de nuestros hijos con la maldición de quien destruyó dos ocasiones culminantes”, (Edición del Centenario, p. 1172).*

ABC.00.04.13.07. “Azaña no tendría ahora las masas del 14 de abril, las masas ingenuas y alegres del 14 de abril”:

1. En su segundo discurso en el cine Madrid, el 17 de noviembre de 1935, José Antonio hizo este pronóstico sobre la probable vuelta de Azaña: *“¿Y qué vendrá después? Este noviembre de 1935, tan semejante al diciembre de 1930, ¿qué es lo que anuncia? ¿La vuelta de las formas caídas? No creo que la espere nadie. ¿La vuelta de Azaña, y digo Azaña para personificar a las izquierdas republicanas? No lo creáis. Azaña tuvo una ocasión ciertamente envidiable; tuvo una ocasión en que se encontraron en sus manos estos dos prodigiosos ingredientes: de una parte, la fe colectiva, abierta, dócil, de un pueblo en trance de alegría; de otra parte, unas nada comunes dotes de político, un extraordinario desdén por el aplauso, una privilegiada precisión dialéctica. Eso tuvo Azaña, y por eso pudo haber trazado las líneas de una gran época histórica. Pero le faltó una cosa esencial, le faltó el alma cálida que percibió Ortega y Gasset en otro hombre de Estado español; le faltó el alma cálida, y en vez de haber aprovechado aquello para infundir un aliento común, una fe colectiva a la España blanda como la cera que tenía en las manos, se entretuvo en un diabólico esteticismo, como de tortura asiática; llevó a España casi a la locura, casi a la desesperación, y de esa suerte, España, en vez de aprovechar su coyuntura de alegría, se fue dividiendo, se fue encolerizando, se fue llenando de rencor de unos contra otros. Al fin cayó aquello; y España volvió a sentirse libre, como quien sale de una red o de una cárcel”, (Edición del Centenario, p. 1190).*
2. Y, José Antonio continúa: *“Azaña no tendría ahora las masas del 14 de abril, las masas ingenuas y alegres del 14 de abril. Si ahora viniera Azaña, sería sobre el lomo de otras masas hartas distintas, de las masas torvas, rencorosas, envenenadas por los agentes españoles del bolchevismo ruso. Y contra esas masas, que ya no serían dócil instrumento en las manos de su rector, sino torrente que le desbordase y le sometiera a su arbitrio; contra esas masas el esteticismo elegante y estéril de Azaña no podría ni poco ni mucho”, (Edición del Centenario, p. 1190).*

ABC.00.04.13.08. 16 de febrero de 1936, triunfo del Frente Popular. “Aquí está Azaña”:

1. El 23 de febrero de 1936, en “Arriba”, publica José Antonio su artículo: *“Aquí está Azaña”,* en el que dice: *“Con un brío que también sirve de contraste a la flojedad observada por las derechas en 1933, las izquierdas han reclamado la entrega del Gobierno. Y a estas horas está en el Poder un ministerio presidido por el señor Azaña. He aquí la “segunda ocasión” de este gobernante, anunciada en el artículo que Arriba publicó acerca de él a raíz de su discurso del campo de Comillas. Grave ocasión, y peligrosa. Pero llena de sabroso peligro de lo que puede dar resultados felices. Por de pronto, hay que señalar esto: el triste pantano cedorradical del último bienio no permitía alimentar a nadie la más leve esperanza, ni el menor interés, ni el más ligero gusto por la participación; aquello era como una muerte lenta y estúpida. Esto de ahora es peligroso, pero está tenso y vivo; puede acabar en catástrofe, pero puede acabar en acierto. Aquí se juega una partida arriesgada y emocionante; allí estaba todo perdido de antemano”, (Edición del Centenario, pp. 1401-1402).*
2. José Antonio prosigue así: *“Azaña vive su segunda ocasión. Menos fresca que el 14 de abril le rodea, sin embargo, una caudalosa esperanza popular. Por otra parte, le cercan dos terribles riesgos: el separatismo y el marxismo. La operación infinitamente delicada que Azaña tiene que realizar es ésta: ganarse una ancha base nacional, no separatista ni marxista, que le permita en un instante emanciparse de los que hoy, apoyándole, le mediatizan. Es decir, convertirse del caudillo de una facción, injusta, como todas las facciones, en jefe del Gobierno de España. Esto no quiere decir — ¡Dios me libre!— que se convierta en un gobernante conservador: España tiene su revolución pendiente y hay que llevarla a cabo. Pero hay que llevarla a cabo —aquí está el punto decisivo— con el alma ofrecida por entero al destino total de España, no al rencor de ninguna bandería. Si las condiciones de Azaña, que tantas veces antes de ahora hemos calificado de excepcionales, saben dibujar así las características de su gobierno, quizá le aguarde un puesto envidiable en la historia de nuestros días. Si Azaña cede a la presión de los mil pequeños energúmenos que le pondrán cerco; si renueva las persecuciones antiguas; si un día destituye a un juez municipal por conservar un retrato de la Infanta Isabel, y otro día traslada a un comandante porque su mujer es devota; si volvemos a aquella fiebre, a aquel desasosiego, a aquel avispero de 1931 a 1933, la nueva ocasión de Azaña se habrá perdido ya sin remedio”, (Edición del Centenario, pp. 1402).*

ABC.00.04.13.09. Azaña reincide en sus errores del primer bienio:

1. Poco le duró la esperanza a José Antonio en que Azaña en su segunda ocasión enmendara los errores de su primera etapa. El 5 de marzo de 1936, en el número 34 de *Arriba*, publica un artículo titulado “*Por mal camino*” en el que acusa a Azaña de reincidir en sus errores del primer bienio. José Antonio dice así: “*Nadie podrá decir que el Gobierno del señor Azaña fue acogido con hostilidad en estas columnas (que tienen más lectores de lo que se imagina Política, y aún más que el propio Política). Nuestro ánimo nos inclina siempre a suponer en las personas una casi ilimitada capacidad de aprendizaje y enmienda. Al señor Gil Robles, por ejemplo, vinimos atribuyéndole hasta el fin, cuando ya muchos se las negaban, condiciones nada vulgares de político. De la misma manera estuvimos casi solos, durante un largo periodo de adversidad, en señalar al señor Azaña como un muy considerable hombre de gobierno, llamado, quizá, a remediar los errores de su primera etapa en una “segunda ocasión” que fuimos los primeros en vaticinar. Suponíamos —y no otra cosa podría suponer quien tuviera al señor Azaña por persona inteligente— que, puesto en una nueva coyuntura gubernamental, eludiría enredarse en las mismas zarzas del primer bienio. Así abrimos los ojos ante su nuevo encumbramiento al poder con la benévola expectación del que ve cumplidos sus augurios y cree iniciada una experiencia que puede llevar a resultados felices*”, (Edición del Centenario, pp. 1406).
2. José Antonio prosigue así: “*Pese a tan buena disposición, los primeros pasos del Gobierno no son como para confortar a los vacilantes. Si para algo sirvió la inolvidable prueba de 1931 a 1933 debiera haber sido, al menos, para precisar esta norma: se pueden llevar a la práctica los adelantos más audaces en lo político y en lo social; lo que es torpeza insigne, que paga a la larga quien la comete, es mortificar individualmente a las personas. ¿Quién no recuerda como una pesadilla aquella minuciosidad chinchorrera, aquella colección china de pequeñas torturas puesta en juego durante dos años por el señor Azaña y sus ministros? En el famoso bienio todos vivimos con la impresión acongojante de no tener estatuto de derecho. Dependíamos enteramente del arbitrio gubernativo y policíaco: o había casa en que se estuviera libre del manoseo, de la intromisión, de la fiscalización de autoridades subalternas; nadie estaba seguro, por ajeno que fuera a la delincuencia, de si dormiría en su casa o en los espeluznantes sótanos de la Dirección general de Seguridad. Aquella falta de toda certeza, de toda confianza en la protección del derecho, desazonaba a las gentes más aún que las persecuciones mismas. El Gobierno hubiera podido ir mucho más lejos en sus reformas de índole general si no hubiera soliviantado contra sí, a fuerza de mortificantes torpezas, tempestades de oposición*”, (Edición del Centenario, pp. 1406 y 1407).
3. José Antonio el 5 de marzo de 1936 ya presume su decepción ante la reincidencia por Azaña en sus errores en el primer bienio: “*Esta vez, las palabras dichas por el señor Azaña junto al micrófono al tomar posesión del cargo parecían revelar propósitos más serenos. Pero hay indicios, no leves para el poco tiempo que el Gobierno lleva en el Poder, de que la cosa va a quedarse en palabras. Ya han empezado las detenciones arbitrarias —alguna revestida de caracteres tan odiosos como la de nuestro camarada José Gómez, de las que se habla en otro lugar de este número—, los registros domiciliarios, las clausuras de centros que funcionan dentro de la ley. Ya se ha repartido por España una baraja escogida de esa especie de funcionarios coloniales llamados gobernadores civiles, invención característica de nuestra patria. Pronto lloverán —ya empiezan— multas, prisiones y destierros sobre gentes que, en la opinión más o menos zafia del poncio de turno, encarnen tendencias contrarias a las de la situación ministerial. ¿Llegaremos a las delicias del primer bienio? Ello no será cómodo, ciertamente, para quienes tuviéramos que soportarlo. Pero, a la larga, sería peor para el señor Azaña como hombre público. Su inteligencia permite esperar que ponga coto al exceso de celo de las autoridades inferiores. En otro caso, será el propio señor Azaña, y no sus auxiliares, quien padezca la situación grotesca y triste del hombre que cayó dos veces en el mismo charco*”, (Edición del Centenario, p. 1407).

ABC.00.04.13.10. ¿Tiene, por ventura, Azaña vocación de Kerensky?

1. El mencionado artículo en “*Arriba*” del 5 de marzo de 1936, termina con esta premonición de José Antonio: “*Esto es: que cuando la revolución comunista estalle, los alcaldes de la mayor parte de los pueblos españoles, con la autoridad que les atribuye la ley sobre la fuerza pública, estarán de parte de*

la revolución y en contra del Estado. ¿Se ha dado cuenta de ello el señor Azaña? ¿Tiene, por ventura, vocación de Kerenski?”, (Edición del Centenario, p. 1410).

ABC.00.04.13.11. 17 julio de 1936. “Llevamos soportando cinco meses de oprobio”:

1. Detenido José Antonio el 14 de marzo de 1936, ya no recuperaría la libertad. Preso en la cárcel Modelo de Madrid, fue trasladado a la cárcel de Alicante el 5 de junio de 1936. El 17 de julio de 1936 firmó su último manifiesto a todos los españoles. En él decía: *“Llevamos soportando cinco meses de oprobio. Una especie de banda facciosa se ha adueñado del Poder. Desde su advenimiento no hay una hora tranquila, ni hogar respetable, ni trabajo seguro, ni vida resguardada. Mientras una colección de energúmenos vocífera —incapaz de trabajar— en el Congreso, las casas son profanadas por la Policía (cuando no incendiadas por las turbas), las iglesias entregadas al saqueo, las gentes de bien encarceladas a capricho, por tiempo ilimitado; la ley usa dos pesos desiguales: uno para los del Frente Popular, otro para quienes no militan en él; el Ejército, la Armada, la Policía son minados por agentes de Moscú, enemigos jurados de la civilización española; una Prensa indigna envenena la conciencia popular y cultiva todas las peores pasiones, desde el odio hasta el impudor; no hay pueblo ni casa que no se halle convertido en un infierno de rencores; se estimulan los movimientos separatistas; aumenta el hambre; y, por si algo faltara para que el espectáculo alcanzase su última calidad tenebrosa, unos agentes del Gobierno han asesinado en Madrid a un ilustre español, confiado al honor y a la función pública de quienes lo conducían. La canallesca ferocidad de esta última hazaña no halla par en la Europa moderna y admite el cotejo con las más negras páginas de la Checa rusa”*, (Edición del Centenario, p. 1535). Pues bien, esos cinco meses de oprobio habían transcurrido: primero, bajo Azaña como jefe de gobierno; Después, también bajo Azaña, ahora como presidente de la II República.

ABC.00.04.13.12. Azaña y Prieto evitan el “paseo” de José Antonio en Alicante:

1. El 2 de agosto de 1936 hubo un motín en la cárcel de Alicante, en el que los presos comunes intentaron atacar contra los hermanos Primo de Rivera. Los cristales de sus celdas quedaron rotos y ya no volvieron a pasear junto a los demás presos. A partir de este incidente, la cárcel quedó bajo el control absoluto de los anarquistas.
2. Según Carlos Esplá, el Comité del Frente Popular de Alicante decidió por esas fechas liquidar a José Antonio, a instancia del partido comunista, con la oposición de los republicanos. El plan consistió en simular el traslado de José Antonio y Miguel a Cartagena y asesinarlos en el trayecto. Los republicanos alicantinos Agustín Mora y Alonso Mallol advirtieron al Gobierno del complot. Giral, presidente del gobierno entonces, ordenó al dirigente comunista Rafael Millá que evitara tal “paseo”, pero no consiguió su apoyo. Entonces Indalecio Prieto se puso en contacto con Antonio Cañizares, dirigente de la UGT de Alicante. Giral, al fracasar con Millá se había puesto en contacto con Azaña, Presidente de la II República, en Barcelona. Azaña habló con Cañizares y Millá y, también, llamó al alcalde de Alicante, Lorenzo Carbonell, comprometiéndoles a proteger la vida de José Antonio. Y, por fin el asesinato fue evitado. Años después Indalecio Prieto trató de adjudicarse todo el mérito de esta operación (*“Convulsiones de España”*), volumen I, Oasis, México, 1967, p. 115.
3. Más información puede obtenerse en: *“Federico Enjuto Ferrán, instructor del sumario de José Antonio en Alicante”* por Jeroni M. Más Rigo en *“Altar Mayor”*, núm 94 (julio-agosto, 2004). También, en Vicente Ramos: *“La guerra civil 1936-1939 en la provincia de Alicante”*, vol. I. Biblioteca Alicante, Alicante 1974, p. 192. Véase también Jeroni M. Más Rigo: *“Manuel Azaña y el proceso de José Antonio en Alicante”*, en *“Catoblepas”*, Revista Crítica del Presente, núm. 41, julio 2005. Existe el testimonio del propio Azaña en una conversación que relata en la Pobleta con Ángel Ossorio y Gallardo, que no pareció muy de acuerdo (Manuel Azaña: *“Memorias políticas y de guerra”*, primera Edic., pp. 625 y 626).

ABC.00.04.13.13. Mensaje de Azaña a José Antonio, condenado a muerte:

1. La noticia la sabemos por el doctor Francisco Vega Díaz, que la publicó en *“Cuadernos Republicanos”*, núm. 9, enero, 1992, pp. 53 a 64. No sabíamos de esto nada hasta entonces, porque nadie nos lo había dicho, hasta que el doctor Vega lo contó en su artículo *“Suplemento a un conocido gesto de Azaña”*, luego recogido en su libro *“Ultimidades”*. Hay que aclarar que el conocido gesto de Azaña fue su

intervención ante las autoridades de Alicante para que José Antonio no fuese “paseado”, tal como ya quedó explicado en el tema anterior.

2. Ahora de lo que se trata, y esto es lo desconocido, es del mensaje que, a través de Amós Salvador y por medio del doctor Vega hizo llegar Manuel Azaña a José Antonio, ya condenado a muerte. Mensaje del que no sabemos nunca su contenido pero sí podemos conocer el relato del suceso, tal como ha llegado hasta nosotros.
3. El doctor Vega lo narra así: “Nada más verme me dijo: “Usted y yo os conocemos. ¿De donde?” Le repliqué que sí que nos sentábamos algunas noches en mesas enfrentadas del Café “*La Ballena Alegre*” en la calle de Alcalá, casi frente a Correos, y que una vez nos había presentado el doctor Eusebio Oliver Pascual, que iba con Eugenio D’Ors. Yo me reunía esporádicamente con Antonio Espina y su grupo. Así era. Mientras le entregaba el sobre, que él ya esperaba, le comenté que poco tiempo antes había yo examinado para enfermeras a dos hermanas suyas, cuyas calificaciones fueron máximas por su gran preparación. Una vez abierto el sobre que, repito, no llevaba nombre de destinatario, empezó a leer el texto del rayado y doblado papel, con avidez y un poco tembloroso. Como lo veía desde lejos y al trasluz, pues me aparté unos metros para no aparentar ineducada curiosidad, ví que el papel, manuscrito, tenía alguna pequeña tachadura, lo que me hace pensar que fuera escrito de prisa y con espontaneidad. Primo de Rivera se mostraba extrañado en algún fugaz instante, volviendo varias veces sobre algunos párrafos que parecían interesarle o acuciarle más. Pero no tardó ni diez minutos. Cuando hubo terminado, dijo solamente: *No podía esperar menos de él. Lo agradezco con toda el alma*”. Yo me mantuve callado, pues me emocionaba estar junto a un condenado a muerte, pero esas palabras suyas me animaron un poco ya que él quedaba relativamente satisfecho de la lectura. Entonces, sin esperar más de dos o tres segundos, pronunció estas palabras. “*Cumplo con el compromiso, aunque me gustaría conservar este papel*”. Sacó de su bolsillo una caja de cerillas y encendiendo una, buscó el cenicero y quemó el papel y el sobre; yo deshice las cenizas con mis dedos y las eché por entre las rejas de la ventana. Con gesto extraño que no pude interpretar, y menos ahora en el recuerdo, me dio un apretón de manos diciendo: “*¿Volveremos a vernos en la Ballena Alegre? Pienso que no...* “, y previa mi llamada con los nudillos en la puerta, ésta se abrió y entró mi anterior acompañante sólo. Esperamos un minuto hasta que de nuevo repicaron desde fuera suavemente en la puerta, y salió José Antonio al exterior, conducido por dos parejas de soldados o milicianos” (p. 56).
4. Este desconocido episodio fue difundido por Enrique de Aguinaga en su artículo: “*José Antonio y Azaña*”, publicado en ABC el 6 de junio de 1996, p. 48, que se puede leer en “Lecturas” de este tema.

ABC.00.04.13.14. Mari Carmen González Valerio y Sáenz de Heredia, sobrina de José Antonio, ofreció su vida por la conversión de Azaña:

1. La niña Mari Carmen González Valerio y Sáenz de Heredia (Madrid, 14 marzo de 1930-16 julio 1939), hija de Julio González Valerio Allones (1903-1936), artillero, torturado en una checa de Madrid, y “paseado” el 29 de agosto, de 1936, y de Carmen Sáenz de Heredia (1904-1961), hermana de doña Casilda, madre de José Antonio, murió en olor de santidad, tras cruel enfermedad en la que ofreció su vida por la salvación de don Manuel Azaña. Introducida su causa de beatificación, sus restos se conservan en la Parroquia de Santa María de Caná, en Pozuelo de Alarcón (Madrid).
2. Existe la vida de Mari Carmen González-Valerio Sáenz de Heredia por “una carmelita descalza”, que es su hermana María de Lourdes.

